EL MUNDO PINTORESCO

PERIÓDICO SEMANAL.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, BIOGRAFIAS, MUSICA, TEATROS, MODAS Y TOROS.

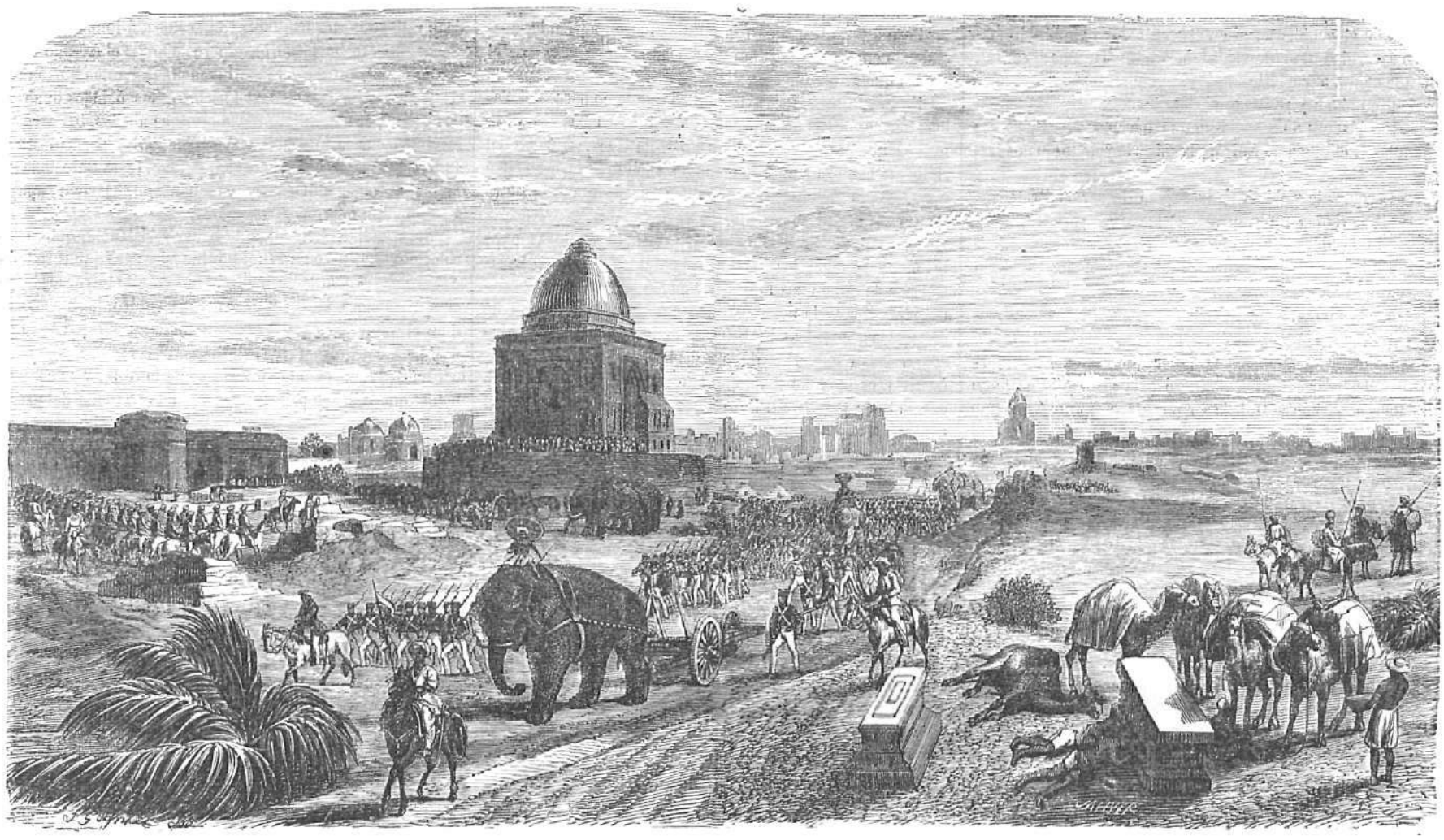
PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid.....	Un mes.	8 rs.
	Tres meses.	20
En Provincias.	Un mes (franco de porte).	10
	Tres meses.	24

N.° 6.

16 Mayo 1858.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martinez, calle del Desengaño, núm. 10.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.



Vista de la parte Sur de Delhy. (Convoy de cipayos y máratas).

LOS PIRATAS CALLEJEROS.

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

I.

EL PIRATA DE LAS MUCHACHAS DE TALLER.

(*Continuacion.*)

Y atendidos los infinitos, los variadísimos percances que el oficio produce, el pirata debe ser muy valiente, muy sereno, muy esperimentado para salir por medio de la intimidacion ó de otro recurso cualquiera, de un caso mas ó menos árduo, con la honra incólume (como diria *La Esperanza*) y evitando llegar á ruidosas conclusiones en que solo se mete, sin procurar evitarlas, un jóven inesperto: porque el pirata de amor nunca *es pollo;* se necesita para esta profesion mucha esperiencia, un profundo conocimiento, no del corazon, que el pirata no tiene que ver nada con el corazon, sino de las propensiones, de las costumbres, de las necesidades de la muger. Un pollo respecto á una muger no puede ser mas que audaz, y audaz de mala manera, porque le falta esperiencia para dulcificar la audacia, para encubrirla cuanto es posible, para hacerla, en fin, pasar, haciéndola oportuna, galante, bella. Para llegar á este caso se necesita haber pasado por un peligroso aprendizaje, porque la muger es el enemigo natural del hombre, y no pierde ocasion de vengar en la especie, humillaciones, ó dolores, *ó desengaños que ha debido al individuo.*

Establecido que el pirata callejero debe ser hombre de mundo, hombre de palabra, hombre de imaginacion, y si es necesario hombre de puños, veamos algunos de los percances peores que encontrarse con un poseedor de la prenda que persigue, que pueden acontecerle en la caza de la oficiala de taller.

Nos referimos á los percances producidos por la intervencion de una tercera persona, generalmente masculina.

Con frecuencia la oficiala de taller aunque no lo diga, es casada.

Lo que no impide que pueda ser muy jóven y muy bella.

Porque la oficiala suele á su vez ser pirata.

Ya hablaremos de estas lindas piratas en otro lugar, de una manera particular, por separado, como lo merece la importancia del asunto.

Entonces tendremos lugar de levantar ante los ojos del público, el telon que oculta toda esa tragi-comedia representada por la oficiala de taller desde que cuenta catorce años, á fin de *tomar posicion*, de añadir un jornal á su jornal, ó de gravar completamente sobre un sueldo, ó sobre un trabajo ageno: veremos ese contínuo trabajo de crisálida, llevado á cabo con una pertinacia que honra á la oficiala, porque se necesita para resistirla un inmenso valor pasivo, trabajo cuyo lugar está en los salones de Capellanes y de la Camelia, y en los teatros de sociedad.

Entonces diremos como la oficiala se casa.

Por el momento aceptámosla casada y oficiala aun, á pesar de haber *tomado posicion.*

Esceptuemos la oficiala honrada, *á esa jóven madre* de familia, que se levanta muy temprano, porque tiene un pequeño ser á quien vestir, á quien peinar, á quien dar de almorzar, á quien arreglar, á quien dar un beso suspirante, antes de que suenen las ocho menos cuarto de la mañana; contando con que tiene tambien que comprar, y dar de almorzar al marido, jóven como ella y como ella trabajador y honrado, y cepillarle, y sacarle la raya del pelo, para que no le vean sucio y desaliñado, y piensen mal de su muger: respetemos á ese noble ángel del hogar del pueblo, á esa niña á veces adolescente, que tiene ya sobre sí todos los cuidados y todas las penas de la familia, y en compensacion todos los goces del amor: cuando el pirata callejero vé á una de esas jóvenes, sus ojos brillan, su boca se contrae ni mas ni menos que la de un lobo á la vista de una oveja, porque uno de los placeres del pirata es hacer daño, y otro vencer dificultades.

Cuando el pirata se dirije á una de estas jóvenes, un relámpago de cólera aparece en los bellos ojos de la acometida, su semblante se nubla, su frente se levanta llena de dignidad, y dice con la voz grave y segura:

—Sepárese V., caballero: soy casada.

Y cuando la frase sacramental: *soy casada,* se pronuncia de cierto modo, el pirata comprende perfectamente bajo aquella frase estas otras: amo y soy amada, mi amor está consagrado por Dios y por la sociedad: yo no puedo, *ni quiero,* ni debo oir á V. ni á nadie.

© Biblioteca Nacional de España

Y entonces el pirata, que sabe demasiado que toda insistencia seria inútil, que no hay ningun género de magia posible contra la que lleva en sí la magia del amor, saluda en aquella niña á la virtud y á la felicidad, y pronunciando un cortés y afable—V. dispense,—al que la niña responde por costumbre pero con un tonillo y un gesto que quema la sangre al pirata:—No hay de qué,—nuestro cazador se separa contrariado y de mal humor, porque la tal casadita era un verdadero manjar estraordinario, apetitoso y suculento.

Nunca, á causa de estas jóvenes puede suceder un percance al pirata, porque ellas no le dan ocasion á que continúe por mucho tiempo á su lado, y el pirata legítimo, el verdadero pirata, nunca insiste ni se hace pesado, sino cuando la resistencia y la pesadez son necesarias.

Por el contrario hay muchacha de taller que al decir al pirata despues de su acometida—soy casada—le autoriza para todo.

Porque aquella frase dice claramente, por la manera como ha sido dicha:—tengo la desgracia de ser casada; mi marido es un pícaro; necesito un apoyo.

Ni en el semblante, ni en el acento de la oficiala ha habido severidad ni contrariedad al pronunciar aquella frase, lo que alenta al corsario.

—¡Tan jóven y ya desgraciada! dice.

—Las jóvenes no sabemos lo que hacemos: y luego las familias... el deseo de salir de la miseria y de los malos tratamientos...

—Pero por lo visto V. no ha dejado de ser maltratada...

—Mi marido es un loco....

—Si no es mas que eso...

—Un holgazan...

—Eso es ya mas grave....

—Un bribon....

—De ese modo V. necesita apoyo... proteccion...

—No tener que comer... no tener que vestir... ser injuriada... trabajar para que el dinero de la semana se gaste en la taberna, y si no se trabaja ser pegada, y si se trabaja y no se entrega el dinero, ser pegada tambien. ¡Y luego ese hombre, si desesperada hace una un disparate, tendrá valor para quejarse, para decir que una es una muger perdida!

Despues de este introito, el pirata entretiene la conversacion con palabras sueltas, y observa si aquella muchacha le conviene.

La edad, los cabellos, los ojos, el semblante, el cuello, el seno, la manera de llevar el manto, todo es examinado en un momento.

Al mismo tiempo el pirata ha hecho este cálculo:

Quince dias, á seis reales: me conviene.

Y entra en seguida en las proposiciones.

Esto ya es un percance: aquella muger le cuesta el dinero, y el pirata tiene el estraño capricho de vencer por sí mismo.

Aquello es un contrato, no una conquista.

Y aquello á veces tambien es un peligro.

Porque suele suceder que en vez de ser pirata respecto á aquella prójima, haya sido presa de dos piratas: esto es, de la niña y del marido que va por la otra acera, envuelto en una capilla, á corta distancia y al acecho.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Se continuará.*)

LA VÍRJEN DE LA ROCA.

TRADICION POPULAR.

Era una alegre mañana del mes en que brotan las flores, en que cantan los pajarillos, en que el prado está esmaltado de verde y el sol brillante se ostenta sobre un cielo sereno y despejado.

Era una mañana del mes de mayo.

Ansiando respirar su pura brisa, salimos á divagar por los solitarios campos.

Rayaba apenas el alba, y sus inciertos resplandores reflejaban su blanquecina luz sobre el oscuro caos en que estaba envuelto el paisaje, haciendo gradualmente perceptibles los objetos, confundidos antes y hacinados entre los pliegues de la opaca sombra. Primero iluminó la cima de altos montes que ostentaban todavía su espléndida cabellera de nieves, *luego descendiendo paulatinamente*, sacó de la oscuridad á un pintoresco pueblecillo agrupado al pie de una alta roca, en cuya cúspide se descubrian las ruinas de un antiguo castillo; y por último, un ameno y florido, aunque angosto valle, cruzado por infinitos arroyuelos que corrian bulliciosos entre una vejetacion robusta y vigorosa.

Con la luz se fué tambien despertando toda la creacion, y la brisa empezó á lanzar suspiros, las flores á esparcir sus perfumes, las aves á entonar sus cantos, y á murmurar las aguas de las fuentes cristalinas.

Cuando el sol, apareciendo en el horizonte cual un escudo de oro cubierto de rojas banderas, mandó su primer rayo á la cima mas alta de los montes, la naturaleza ya apercibida, pudo acojer á su rey con gritos de alegría y aclamaciones de arrebatador entusiasmo. Al punto aquella dulce ovacion de unos vasallos que no cambian jamás de divisa, hácia un rey que nunca les niega sus favores, despertó á los tranquilos, y por lo tanto soñolientos habitantes de aquella deliciosa comarca. Las campanas de la iglesia lanzaron sus melancólicas vibraciones, tal vez para recordar al alma del hombre menos espiritual que la de la naturaléza, quién es el primer sér á quien deben rendir dulce tributo.

Poco á poco todas las ventanas se fueron abriendo, apareciendo en ellas rostros tan risueños, como risueño era el cuadro que se ofrecia á su vista.

En efecto, nada hay mas poético que la comarca del Vallés, hermoso oasis de la hermosa Cataluña; nada mas pintoresco que el pueblecillo llamado de la Roca, á causa del risco que se eleva á su lado como para defenderle, y en cuya cima, segun hemos indicado antes, se asentaba en otro tiempo un orgulloso castillo.

La naturaleza allí sobrado feraz, ostenta por todas partes una vejetacion lozana. Los corpulentos árboles entrelazan por do quiera sus ramas, formando bóvedas de espesura, y ramilletes de flores campean sobre una alfombra de esmeraldas, mientras las laderas de los montes que le circuyen están cubiertos de altos pinos, interminables viñedos y campos de maiz que entregan al aire la poblada cabellera de sus frutos. Poco lejos del pueblecillo y en el centro del valle, tiene su lecho, sombreado de altos cañaverales y álamos centenarios, el Mugent, que fertiliza sus bordes con sus aguas cristalinas.

Cifrando el mundo en aquel delicioso valle, sin traponer tal vez nunca la línea de montañas que le cercan, abrumados por los profusos dones de una naturaleza riente, teniendo por dosel la magnífica bóveda del cielo, viven sus felices habitantes exentos de ambicion, agenos á los pesares. Las pasiones que los agitan son suaves como las emanaciones de sus flores, tiernas como los suspiros de la brisa que los saluda al nacer y llora sobre su tumba.

La casa que habitan fué la vivienda de sus antepasados, y será la morada de sus hijos. Los nombres de afamados generales, de ilustres letrados, de sabios moralistas, son nombres vagos que para ellos nada significan.

Les basta, como á los sencillos hombres primitivos, por regulador de su conducta la conciencia, por juez, amparo y consuelo el Dios que los llena de beneficios y á quien con el culto de una alma vírgen enaltecen. No saben cuántos pétalos contiene la corola de una flor; pero admiran su hermosura y se estasian con su perfume. Así como los sabios pasan su trabajosa existencia analizando los efectos sin poder jamás inquirir las misteriosas causas que los producen, ellos, guiados por la luz del corazon, creen en la eterna y primordial causa de todas las cosas creadas, aman y acatan esa mano omnipotente que sostiene el universo, y por esto su vida se desliza tranquila y apacible como las aguas de sus límpidos arroyos.

Hé aquí cuáles eran nuestras reflexiones, que tal vez repetiamos instintivamente en voz alta, por cuanto acercándose á nosotros un anciano, nos dijo con melancólico acento:

—A los brillantes rayos del sol precede siempre el negro velo de la noche; á la risueña primavera que va esparciendo guirnaldas de flores, el tétrico invierno, con su diadema de hielos y su manto de escarcha.

Tambien para esta comarca ha habido dias de luto y amargo desconsuelo, y voy á referiros una remota historia, á la cual dan la preferencia los ancianos para entretener á la curiosa juventud.

Era en aquellos primeros tiempos, en que Cataluña contando tantos héroes como hijos, alzaba llena de altivez la laureada frente rechazando á los insensatos que osaban menospreciar su bandera. Rayaba el año 826 y gobernaba la ciudad de Barcelona el buen conde Bernardo, tan preconizado por la fama, cuando apareciendo el malvado Ayzo con sus gascones y las gentes del Bara Unillemondo en lo alto de los Pirineos, bajó cual un torrente impetuoso que arrastra entre sus ondas cuanto encuentra al paso, dejando yermos los campos de Gerona.

Su ejército está formado por hordas de asesinos: talan, destrozan, matan. Los estragos que no acierta á hacer la espada los completa la tea, y en las vastas llanuras, en las desiertas montañas solo se ven espantosas hogueras que se elevan hasta el cielo, torbellinos de humo que envuelven los rostros de la descreida turba, charcos de sangre que van marcando las huellas de su paso.

Precédelos el terror y la miseria con sus rostros lívidos y demacrados, síguelos la desesperacion, el llanto y los gemidos. Cual los ligeros granos de arena aventados por el furioso vendabal, así huyen delante de ellos los habitantes, abandonando sus hogares. Los defensores de las ciudades y castillos, sobrecogidos por el terror general, arrojan las armas y se rinden. Todo cede y se humilla ante la destructora saña del vencedor, y el buen conde Bernardo refugiado por segunda vez en Barcelona, teme sucumbir, si llega Ayzo á sitiarle nuevamente.

Sin embargo, una débil niña debia ser el poderoso escollo donde se estrellase el orgullo del feroz conquistador.

Cuando apareció Ayzo en lo alto de los montes que rodean este valle, los habitantes de la Roca, á imitacion de los demás, huyeron despavoridos; pero defendia el castillo Gunderico, guerrero de corazon invencible, y antes quiso morir que arrastrar la cadena del esclavo. Sus soldados le abandonaron; pero su hija, niña de quince abriles, bella como los ángeles pero intrépida y esforzada, quiso permanecer á su lado. Era la prometida esposa del conde de Barcelona, y no habia volado á morir con su amante por servir de apoyo á su anciano padre.

Sorprendido el enemigo de hallar resistencia, quiere escalar el risco, pero en vano, porque las saetas que Gunderico arrojaba con su ballesta desde la mas alta torre, los hacia caer rodando á la llanura. Tres dias duró la lucha, sin que el valor de los sitiados se menguase, sin que Ayzo se decidiera á seguir su ruta.

Habia visto el angélico rostro de la niña, y su corazon habia quedado por primera vez vencido. Aquella detencion causó su ruina.

Sin embargo, al tercer dia, una traidora flecha robó la existencia al anciano, y los enemigos triunfantes cercaron las almenas.

Pero la prometida esposa de Bernardo, la hija de Gunderico, prefiere la muerte á abandonar sin defensa el cadáver adorado, á ver mancillado su honor por el verdugo de su padre.

Ella sola resiste, y sus certeros golpes cubren el campo de despojos enemigos.

Otros dos dias trascurren, y Ayzo no puede comprender cómo una débil niña baste á detener su triunfal carrera. Ansiando descifrar este misterio, enarbola bandera blanca, y envia un heraldo á su enemiga. La valerosa jóven rechaza todas sus proposiciones, y le muestra una efigie de la vírgen que la servia de amparo.

La rabia de Ayzo llega á su colmo al oir esta respuesta, y el castillo va á ser convertido en una anchurosa hoguera.

Ya arden sus cimientos, ya las bocanadas de humo se confunden con las nubes, ya las llamas circundan la torre y á su siniestro resplandor la triste niña ve á Ayzo penetrar en la fortaleza que se derrumba, animado su rostro por el feroz deseo de la venganza.

Entonces la infeliz se postra de rodillas.

—Piadosa Vírgen María, salva mi honor, esclama.

Y entonces levantóse del Mugent una llama azulada, que serpenteando al rededor del valle fué á posarse cual una aureola sobre su frente, y Ayzo retrocedió aterrado. Y entonces, segun refiere la crónica, retembló la tierra, rasgáronse las nubes, mil rayos cruzaron por el ambiente, y á su horrible resplandor viéronse correr por los aires escuadrones de gente armada, que peleando entre sí quedaron tintos en sangre humana.

En aquel mismo instante aparece en el camino de Barcelona una espesa nube de polvo, óyese el ruido de bélicos instrumentos, percíbese por fin el crujido de las armas...

¡Es el conde Bernardo que viene al socorro de su amada!

Ayzo despavorido, huye, no deteniendo su rápida carrera hasta Aquitania. Sus soldados son muertos ó vencidos, y Bernardo estrecha entre sus brazos embriagado de amor y de entusiasmo á la heróica jovencilla.

Hace poco tiempo que la imágen de la Vírjen salvadora adornaba todavía la cúspide de aquella torre, que ahora se desmorona inclinándose hácia el suelo; pero aunque el tiempo ha destruido su efigie, ella vela siempre por el pueblo de la Roca y por eso son tan fértiles sus praderas, tan trasparente su cielo, tan felices sus habitantes, que la adoran y enaltecen.

ANGELA GRASSI.

© Biblioteca Nacional de España

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

Y

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

(*Continuacion.*)

—Tom, Tom, dijo sir John llegando á la puerta en donde le esperaba un criado con la severa librea de un groom inglés, encargaos de esta caja.

—*¿I am going with, mylord?* preguntó el criado.

—¡*Yes*! contestó sir John.

Despues enseñando á Roland el estribo del carruage que bajaba su criado:

—Venid, señor de Montrevel, dijo.

Roland entró en él y se tendió voluptuosamente.

—En verdad, dijo, no hay como los ingleses para comprender los carruages de viaje; se está en el vuestro como en la cama; apuesto que os haceis construir vuestros féretros antes de acostaros aquí.

—Si, es un hecho, el pueblo inglés entiende muy bien la comodidad; pero el francés es un pueblo mas curioso y divertido.

—Postillon, á Vaucluse.

IV.

El duelo.

El camino no es practicable sino de Aviñon á l'Isle. Las tres leguas que separan l'Isle de Aviñon se hacen en una hora.

Durante esa hora, Roland, como si se hubiera propuesto hacer aparecer el tiempo corto á su compañero de viage, habló mucho y bien; mientras mas se acercaba al sitio del combate, mas se redoblaba su alegría. Cualquiera que ignorase la causa del viage, no hubiera creido que aquel jóven, con su bachillería inagotable y su incesante risa, estuviese amenazado de un peligro mortal.

En el lugar de l'Isle, fué preciso bajar del carruage. Se informaron; Roland y sir John llegaron los primeros.

Se introdujeron en el camino que conduce á la fuente.

—¡Oh! dijo Roland, aquí debe haber un buen eco.

Arrojó uno ó dos gritos, á los cuales el eco contestó muy complaciente.

—¡Ah! ¡por vida mia! dijo el jóven, hé aquí un eco maravilloso. No conozco mas que el de la Scinonnetta, en Milan, que le sea comparable. Esperad, milord.

Y se puso á cantar con modulaciones que indicaban á la vez una voz admirable y un estilo escelente, una tirolesa que parecia un reto llevado por la música sublevada, á la garganta humana.

Sir John miraba y escuchaba á Roland con una admiracion que ya no trataba de disimular.

Cuando se estinguió la última nota en la concavidad de la montaña:

—¡Dios me perdone! dijo sir John, pero creo que teneis spleen.

Roland se estremeció y lo miró como para interrogarle.

Pero viendo que sir John no iba mas lejos:

—¡Bueno! ¿y qué os lo hace creer? preguntó.

—Estais demasiado alegre para no estar profundamente triste.

—Sí, ¿y esta anomalía os admira?

—Nada me admira, cada cosa tiene su razon de ser.

—Es justo; el todo consiste en estar en el secreto, y os lo voy á decir.

—¡Oh! yo no os fuerzo de ningun modo.

—Sois demasiado cortés para eso; pero confesad que os agradaria estár en mi lugar.

—Por interés vuestro, sí.

—Y bien, milord, he aquí la palabra del enigma, y voy á deciros, lo que todavía no he dicho á nadie. Tal como me veis, y con las apariencias de una salud escelente, estoy atacado de una neurisma que me hace padecer horriblemente. Me produce á cada momento, pasmos, debilidades, y desmayos que avergonzarian á una muger. Paso mi vida en tomar precauciones ridículas, y á pesar de todo Larrey me ha prevenido que debo contar con desaparecer de este mundo de un momento á otro, pues la arteria atacada puede romperse en mi pecho al menor esfuerzo que haga. ¡Juzgad qué divertido es esto para un militar! Comprendereis, que desde el momento en que me he desengañado de mi situacion, he decidido hacerme matar con el mayor ruido posible. Me he puesto incontinenti á la obra. Otro mas afortunado que yo lo hubiera conseguido ya cien veces; pero yo, ¡bah! Seguramente que estoy hechizado; ni las balas quieren nada de mí y se diria que los sables tienen miedo de mellarse en mi pellejo. Yo no perdono ocasion; habeis visto lo que ha pasado en la mesa: ¿y voy á batirme, no es esto? voy á entregarme como un loco, á dar todas las ventajas á mi adversario, no importa: tiraré á quince pasos, á diez, á cinco, á quemaropa y me faltará, ó su pistola quemará el cebo únicamente. ¿Y creis que todo eso, me servirá de mucho, para que deje de reventar el mejor dia en el momento menos esperado, al sacarme las botas? Pero silencio, hé ahí á mi adversario.

En efecto, por el mismo camino que habian seguido Roland y sir John á través de las sinuosidades del terreno y las asperezas de la peña, se veian aparecer los cuerpos de tres personages que iban agrandándose á medida que se aproximaban.

Roland los contó.

—¿Tres? ¿Para qué, dijo, cuando no somos mas que dos?

—¡Ah! olvidé, dijo el inglés, que Mr. de Barjols, tanto por vuestro interés como por el suyo, ha querido traer consigo un amigo cirujano.

—¿Para qué? preguntó Roland, con un tono casi brusco y frunciendo las cejas.

—Porque en el caso de que uno de vosotros sea herido, una sangría, en ciertas circunstancias, puede salvar la vida á un hombre.

—Sir John, dijo Roland con una espresion casi feroz, no comprendo todas esas delicadezas en materia de duelo. Cuando uno se bate es para matarse. Que se hagan antes toda clase de atenciones, como vuestros abuelos y los mios se hicieron en Fontenoy, muy bien; pero una vez que las espadas están fuera de la vaina ó las pistolas cargadas, es preciso que la vida de un hombre pague el trabajo que se ha tomado, y los latidos del corazon que se han perdido. Yo, bajo vuestra palabra de honor, sir John, os pido una cosa: es que vivo, herido ó muerto, el cirujano de Mr. de Barjols no me toque.

—Pero sin embargo, Mr. Roland...

—¡Oh! es cosa decidida. Vuestra palabra de honor, milord, ó aunque el diablo me lleve no me bato.

El inglés miró al jóven con asombro. Su rostro se habia puesto lívido, sus miembros estaban agitados con un temblor que se parecia al terror.

Sin comprender nada de aquella impresion inesplicable, sir John dió su palabra.

—Gracias á Dios, dijo Roland; juzgad, este es uno de los efectos de mi encantadora enfermedad, estoy dispuesto á enfermar á la idea de un estuche abierto, á la vista de un bisturí ó de una lanceta. He debido ponerme muy pálido, ¿no es cierto?

—Creí un momento que ibais á desmayaros.

Roland se echó á reir.

—¡Ah! buen negocio hubiera hecho, dijo; nuestros adversarios llegarían, encontrándoos ocupado en hacerme respirar sales como á una muger que tiene síncopes. ¿Sabeis lo que dirían y lo que diríais vos el primero? dirían que tenia miedo.

Durante este tiempo, los tres recien llegados, habian avanzado y se hallaban al alcance de la voz, de suerte que sir John no tuvo ni aun tiempo de responder á Roland.

Al llegar saludaron. Roland respondió al saludo con la sonrisa en los labios, dejando ver su hermosa dentadura.

Sir John se acercó á su oido.

—Estais todavía un poco pálido, dijo; id á dar una vuelta por la fuente, é iré á buscaros cuando sea tiempo.

—¡Ah! qué idea, dijo Roland; siempre he deseado ver esa famosa fuente de Vaucluse, Hipocrenes de Pétrarca. ¿Conoceis su soneto?

Chiare, fresche é dolci acque
Ove le belle membra
Pose colei, che sola á me perdona.

—Y pasada esta ocasion, no volveré á encontrar quizás otra semejante. ¿A qué lado está la fuente?

—Estais á treinta pasos; seguid el camino, y la encontraréis á la vuelta, al pie de esa enorme roca de la cual veis la cumbre.

—Milord, dijo Roland; sois el mejor Ciceroni que conozco: gracias.

Y haciendo á su testigo una seña amigable con la mano se alejó en direccion de la fuente, talareando entre dientes el villancico del duque de Rellay:

Rossette, pour un peu d'absence,
Votre cœur vous avez changé;
Et moi, voyant votre inconstance
Le mien, d'autre part j'ai rangé.
Jamais plus beauté si légère
Sur mon cœur de pouvoir n'aura;
Nous verrons, volage bergère,
Qui de nous s'en repentira (1).

Sir John se volvió á las modulaciones de aquella voz, á la vez fresca y tierna, y que, en las notas elevadas, tenia alguna cosa de la voz de una muger; su espíritu metódico y frio no comprendia nada de aquella naturaleza dura y nerviosa, sino que tenia ante sus ojos una de las mas admirables organizaciones que se pueden encontrar.

Los dos jóvenes le esperaban; el cirujano se mantenia un poco apartado.

Sir John llevaba en la mano su caja de pistolas, y la dejó sobre una roca que tenia la forma de una meseta, sacó de su bolsillo una llave que parecia trabajada por un platero, y no por un cerrajero, y se abrió la caja.

Las armas eran magníficas, aunque de una gran sencillez; salian de los talleres de Menton, el abuelo del que hoy es todavia uno de los mejores arcabuceros de Lóndres. Las dió á examinar al testigo de Mr. de Barjols, que hizo jugar los muelles y tiró de la llave para ver si eran de dos tiros.

Eran de uno solo.

Mr. de Barjols les dirigió una mirada, pero ni aun las tocó.

—¿Nuestro adversario no conoce vuestras armas? preguntó Mr. de Valensolle.

—Ni aun las ha visto, contestó sir John, os doy mi palabra de honor.

—¡Oh! dijo Mr. de Vallensolle, una simple negacion bastaba.

Se arreglaron por segunda vez, á fin que no hubiese error de ningun género, las condiciones del combate ya determinadas; y despues, á fin de perder el menos tiempo posible en inútiles preparativos, cargaron las pistolas, las pusieron en la caja, se confió esta al cirujano, y sir John, con la llave de ella en su bolsillo, fué á buscar á Roland.

Lo encontró hablando con un pastorcillo que hacia pacer tres cabras en los costados duros y rocallorosos de la montaña y echando guijarros en el estanque.

Sir John desplegó sus labios para decir á Roland que todo estaba listo: pero él, sin dar tiempo al inglés para hablar:

—¿No sabeis lo que me cuenta este niño, milord? Una verdadera leyenda de las orillas del Rhin. Dice que este estanque, cuyo fondo no se conoce, se estiende á mas de dos ó tres leguas bajo la montaña, y sirve de morada á una hada, mitad muger, mitad serpiente, que en las noches tranquilas y puras del verano, se desliza por la superficie del agua, llamando á los pastores de la montaña, y no enseñándoles, como puede comprenderse, mas que su cabeza de largos cabellos, sus espaldas desnudas y sus hermosos brazos; pero los imbéciles se dejan engañar con aquel parecido de muger: se acercan, le hacen seña de llegar á ellos, mientras que por su parte la hada los llama. Los imprudentes se adelantan sin apercibirse de ello, sin mirar á sus pies; de repente la tierra les falta, la hada estiende sus brazos, se sumerge con ellos en sus húmedos palacios, y al dia siguiente reaparece sola. ¿Quién diablo ha podido contar á estos pastores idiotas el mismo cuento que Virgilio contaba en tan bellos versos á Augusto y á Mecenas?

Permaneció pensativo un momento, y fijos los ojos sobre aquella agua azulada y profunda; despues volviéndose hácia sir John:

—Dicen que nunca ningun nadador por vigoroso que haya sido, ha reaparecido despues de haber zambullido en este abismo; si zambullese yo, milord, seria quizás mas seguro que la bala de Mr. de Barjols. En un caso, este será siempre el último recurso; esperándolo, probemos la bala. Vamos, milord, vamos.

Y agarrando por debajo del brazo al inglés maravillado de aquella movilidad de espíritu, lo volvió á traer hácia aquellos que les esperaban.

Ellos, durante ese tiempo, se ocuparon en buscar un sitio conveniente y lo encontraron.

Era una pequeña llanura, aferrada en cierto modo al tramo escarpado de la montaña, espuesta al ocaso del sol y sirviendo, en una especie de castillo arruinado, de asilo á los pastores sorprendidos por la tempestad.

(*Se continuará.*)

(1) Rosette, en una leve ausencia ha cambiado vuestro corazon, y yo al ver vuestra inconstancia, coloqué el mio en otra parte. Jamás belleza tan ideal tendrá poder sobre mi corazon; ya veremos, voluble pastora, quien de los dos se arrepentirá.

© Biblioteca Nacional de España

Vendedor de legumbres en Pekin.

Vendedor de fiambres en Pekin.

DON JUAN ALVAREZ Y MENDIZÁBAL.

El hombre cuya muerte llora un pueblo entero, no muere; vive para la posteridad, porque sus hechos están consignados en la historia, porque su nombre está grabado en el corazon de todos.

Tres dias de luto vistió la Francia por el fallecimiento de Franklin, que libró á los Estados-Unidos de la tiranía, y al mundo del rayo. La España debe vestir muchos por el salvador de su libertad, por el que echó los mas sólidos cimientos á sus instituciones liberales, por el que aumentó la *riqueza pública con la desamortizacion civil* y eclesiástica, por el que salvó el trono legítimo y el pais de la mas deshecha borrasca.

La cuna de la Constitucion de 1812, lo fué tambien de Mendizabal. La hermosa Cádiz vió nacer el 24 de febrero de 1790, al que peleó luego en sus muros por defenderla del despotismo; y el ambiente de libertad que respiraba la Europa, enviado entonces desde las márgenes del Sena, debió alimentar al tierno infante, inculcándole el patriotismo que ya le distinguió en sus primeros años.

Hijo de don Rafael Alvarez y de doña María Mendez, del comercio, trocó este apellido por el de Mendizabal, á fin de librarse de las persecuciones políticas que desde muy jóven empezó á esperimentar por los invasores, á quienes hizo frente denodado. No le libró esta precaucion de ser preso y conducido á Granada; pero aquella imaginacion verdaderamente meridional, siempre inquieta y atrevida, y fecunda siempre, no le abandonó en tan terrible situacion. Iba con otros á ser fusilado por los franceses, y le sugirió medios de fugarse, haciendo que se fugasen primero los demás.

Mendizabal siguió prestando importantes servicios á la causa de nuestra independencia; y cuando la formacion del ejército espedicionario á Ultramar, hizo concebir una esperanza de sacar al pais del estado en que se hallaba desde 1814. Fué de los primeros que trataron de aprovechar las escelentes disposiciones del indicado ejército para devolver con ellas á la nacion las libertades que habia conquistado á tanto precio; y á su decision y actividad, á su crédito y recursos, debió *Las Cabezas de San Juan* la celebridad que adquirió el primer dia del año de 1820, proclamando allí Riego el Código de 1812. Y no se limitó á procurar recursos al ejército libertador, desprendiéndose el primero de los suyos; el movimiento no siguió, y hacian falta pechos esforzados que hiciesen frente á las fuerzas que le contrarestaron: el de Mendizabal se presentó á todos los riesgos, y soltó las armas cuando no eran necesarios sus brios. Satisfecho de su obra, continuó tranquilo en el comercio, sin dejar de vestir el honroso uniforme de miliciano.

De nuevo vió Cádiz en su seno á los franceses, y la causa constitucional, digna de mejor suerte, reclamaba el apoyo de sus generosos partidarios. Allí hacia falta el brazo de Mendizabal, allí su talento para crear y ordenar medios; y su brazo y su talento sostuvieron lucha tan desigual. Tanto se distinguió entonces, que fué á llorar en pais estranjero los males de su patria. Sus buenas relaciones, su probidad y *conocimientos* mercantiles, le conquistaron pronto en Lóndres un puesto de la mayor confianza, y él fué el banquero de la espedicion á España de 1830, y el que con su génio multiplicó los recursos que para ella le facilitó Mr. Ardoin. Multiplicándose á fuerza de actividad y celo, *hallóse presente en todas partes, sin* cuidarse de sus intereses; y por sus eficaces gestiones, no fueron mas funestas las consecuencias de aquella espedicion. Las *Memorias póstumas de Mina*, ponen de manifiesto todos los esfuerzos de Mendizabal por ver libre y feliz á su patria.

Frustrados sus deseos, *mostrósele nueva ocasion de acreditar* su amor á la libertad, consagrándose á su triunfo con el mayor ardimiento. El infante de Portugal, don Miguel, habia hecho traicion á su sobrina y á su hermano, usurpándola el trono, que le fió este para regirle durante su menor edad. Don Pedro, vino del imperio del Brasil, á rescatar la corona de su hija, y no halló un hombre de tanto génio como Mendizabal, para que le ayudase en la grande empresa de conquistar un reino. Comprometiendo don Juan su *fortuna, á costa de incesantes vigilias* adquirida, logrando interesar en el proyecto á sus poderosos amigos, en breve don Pedro zarpó del Támesis con un ejército y una escuadra respetables, que formó como por encanto el proscrito de Cádiz; y doña María de la Gloria ciñó en sus sienes la diadema *usurpada, porque Mendizabal sostuvo con los inagotables* recursos de su genio la lucha que hizo necesaria la resistencia del infante. Y no pararon aquí sus servicios. Exhausto el Erario despues de la guerra, Mendizabal hizo frente á las necesidades públicas, y elevó el crédito del Estado. Una carta de la Reina y una cruz, galardonaron tantos méritos y desinterés tan grande; y tornó á su humilde escritorio el que habia dispuesto de un reino (1).

Corria el año 1835, y España se veia destrozada por sus hijos. Otro tio disputaba á una niña el sólio á que la llamaba una legislacion de ocho siglos, y los enemigos de la libertad la combatian en todas partes con gran esfuerzo. Contrarestábanle los liberales; pero cansados de que no entrase francamente en la senda constitucional, única que podia dar el triunfo, y exasperados por la persecucion de que hasta eran objeto por la espresion de este deseo, habíanse emancipado del gobierno y del carlismo, que aprovechando esta desercion, se hacia mas y mas imponente cada dia. En la imprudencia y en el desacierto del poder, no cabia transaccion. No dominaba el ministerio sino lo que desde las torres de Madrid veia: no tenia un maravedi con que sostener la guerra; *y Toreno, que le presidia, no vió salvacion sino en su* amigo Mendizabal. Conocedor y apreciador de sus talentos en materias de hacienda, de su crédito y pureza, de su atrevimiento y valor, y de sus buenos principios políticos, le llamó al departamento en que él mismo habia fracasado tan *notablemente. Otro que Mendizabal, hubiera rehusado* mision tan ingrata, y habria proseguido haciendo su fortuna; pero él, desdeñándola, y su reposo, respondió al llamamiento que se hacia á su patriotismo, apresurando la organizacion de la legion inglesa, y captándose la benevolencia del gabinete británico. Inspiró igual *confianza á los* de Paris y Lisboa, con los cuales se personó; y llegó á Madrid, deseado por ambas fracciones del partido liberal.

Conviniendo la Reina Gobernadora con sus prudentes consejos, encargóse, con fé sin igual, y decision heróica, de la árdua empresa de restablecer la autoridad del gobierno y la dignidad del trono, acallando, sin menoscabo de las leyes, las pasiones embravecidas, y de crear recursos suficientes á todas las atenciones del Estado, poniendo de su parte los medios para concluir en breve la lucha servil. Solo *en un principio*, y encomendando á otro con desinterés raro la presidencia del Consejo, que le correspondia, dueño de la confianza de S. M., solo un escritor apasionado, cuyas cenizas respetamos, le ha negado el mérito que contrajo moderando y dirigiendo por buen camino la revolucion. Su manifiesto de 14 de setiembre, abrió el corazon de los buenos á la mas grata esperanza. Eminentemente liberal y patriótico, *no presentó á un partido como vencedor del otro*, ni cedió á las exigencias de la revolucion, triunfante entonces. Proclamó con el acento mas sentido y sincero la union de todos los liberales, á la sazon mas necesaria que nunca; y sin tocar ninguna de las régias prerogativas, sin alterar la forma de *gobierno existente*, dió á los derechos que emanan y son el sostén del régimen representativo, el cimiento de la legalidad, reconocida en el Estatuto.

Si pudiésemos en este ligero artículo presentar el estado de justa irritacion en que se hallaban los ánimos, veríase si otro que Mendizabal hubiera podido, no ya llevar á cabo como llevó su propósito, *sino* tener la temeridad de concebirle. Pero nunca dudó de la nobleza de sentimientos de los liberales; y los corazones de uno y otros se entendieron. La concordia de los españoles, el restablecimiento del órden legal y de la unidad de la monarquía, obra fué de pocos dias, y del ardiente deseo de llevarla á cabo. Corriendo un velo que á nadie fuese lícito descorrer sobre los pasados acontecimientos, declarando ámplio, general y completo olvido de todos los sucesos ocurridos desde el primer momento de la escision, poniendo en boca de la Reina Gobernadora las palabras que la situacion requeria, las juntas reconocieron su autoridad, y fué objeto del entusiasmo público la misma Señora, cuyo prestigio habian amenguado con su imprudente resistencia á la opinion del pais, anteriores consejeros.

Resuelta de hecho por la revolucion la cuestion de las comunidades religiosas, legalizó su obra.

Convocadas y abiertas las Córtes para la formacion de la ley electoral y otras, era necesario á Mendizabal un voto de *confianza para gobernar sin* su concurso, y uno solo de los procuradores se le negó: solo uno de los próceres dejó de asociarse, absteniéndose de votar, á tan elocuente muestra de aprecio de la representacion nacional. Disuelto el Estamento popular, el pais nombró á los que mas satisfechos estaban *del celo y patriotismo de Mendizabal, disputándose* siete provincias el honor de que las representase. Nunca fué tan popular la causa del gobierno. Autorizado para todo, y despues de aprovechar contra el comun enemigo recursos creados por las juntas, y el entusiasmo general, restableció *el crédito reconociendo los empeños de otra época* liberal, puso en venta los bienes de las comunidades, obteniendo asi inagotables recursos, aumentando para lo sucesivo los ingresos, desarrollando la riqueza pública, é intere-

(1) Hé aquí el preámbulo del decreto de 17 de agosto de 1835, en que doña María de la Gloria confirió á Mendizabal la gran cruz de la Torre y la Espada, *única recompensa que quiso aceptar aquel* hombre eminente.

«Caballero don Juan Alvarez y Mendizabal, ministro y secretario de Estado de S. M. C. en el departamento de Hacienda: Yo la reina de Portugal, Algarves y sus dominios, os saludo:

»Queriendo daros un testimonio del alto aprecio en que tengo los eminentes servicios que habeis prestado á mi real persona, á la causa de la legitimidad y á la libertad de la nacion portuguesa, y considerando que á vuestros incansables esfuerzos, á vuestros talentos y celo por el restablecimiento de la Carta constitucional y de la ventura de esta nacion, se deben en muy gran parte el apresto de la escuadra y de la espedicion que salió de los puertos de Inglaterra, que se unió en Belle-Isle y de allí partió, mandada por mi augusto padre, de dolorosa memoria, en direccion á las islas Azores; que para costear tamaña empresa, á virtud de transacciones mercantiles hasta entonces intentadas en vano, pudisteis tener los medios que tanto contribuyeron para que el valiente ejército libertador, bajo las órdenes de S. M. I., viniese á desembarcar en las playas del Mindelo y entrase en la heróica ciudad de Oporto; que durante la tremenda lucha que por espacio de un año se sostuvo á las puertas de la misma ciudad, á pesar de la incertidumbre y de los rigores de la fortuna, de la prolongacion de la guerra y de tan variados y multiplicados contratiempos, los inagotables recursos de vuestro *genio auxiliaron con socorros* contínuos de dinero, víveres, armas y pertrechos al ejército libertador y á la escuadra, mientras que la ciudad fiel y algunos patriotas dignos de este nombre concurrian tambien con sus medios, en cuanto les era posible, al triunfo glorioso de las armas constitucionales; que efectuasteis tambien en aquellos calamitosos *tiempos importantísimas negociaciones, organizando la famosa* espedicion, que levantó en el territorio del reino las fuerzas terrestres y navales cuyas victorias fueron tan funestas al usurpador, y siendo igualmente de grandiosísima valía los innumerables servicios que prestasteis á la causa portuguesa despues de tomada la capital hasta que terminó el dominio de la usurpacion, y desde entonces *hasta ahora, en los contratos* que celebrasteis con gran ventaja de la nacion para suministrar al gobierno los recursos, que en medio de la devastacion general del reino y despues de tan constantes calamidades era imposible alcanzar en ella, habiendo vos en tales negociaciones, *con el mas noble desinterés y generosa abnegacion*, cedido para el Estado beneficios de que legítimamente podiais aprovecharos; no cesando nunca de consagraros enteramente al bien de la causa de Portugal y del gran príncipe, bajo cuyos auspicios la Divina Providencia coronó los grandes hechos del partido constitucional con la mas completa victoria; mereciendo vos por tantas pruebas de noble y constante adhesion que S. M. I. os tuviese por amigo hasta el término de su preciosa vida, en cuyos últimos y dolorosos momentos le acompañasteis; por todos estos servicios y otros muchos de la mas alta importancia, prestados siempre generosa y gratuitamente, etc., etc., etc.

© Biblioteca Nacional de España

J.J. Martinez Editor.

SU SANTIDAD PIO IX.

Regalo á los suscritores á el periodico el Mundo Pintoresco.

BIBLIOTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Escala 0, 062 por Metro.

Don Juan Alvarez y Mendizabal.

© Biblioteca Nacional de España

sando sobre todo á millares de propietarios, que asi creó, en el triunfo de la causa constitucional. Declarando soldados á todos los españoles, y haciendo llevadera la sustitucion, presentó setenta mil hombres, bien vestidos y equipados, dotó al ejército de todo lo necesario, y si no se vió pacificada la Península, como prometiera, culpa fué de los que no secundaron sus esfuerzos. Mil disposiciones benéficas y liberales hicieron memorable su ministerio, que dimitió por la resistencia que se opuso á su marcha.

El gobierno que, producto del motin de la Granja, completó su obra de la desamortizacion, y dotó al pais de una Constitucion hecha con los principios de otro partido, como declaró, contaba tambien á Mendizabal en su seno. Por tercera vez se habia apelado á su patriotismo, y por tercera vez se distinguió en el poder. Idólatra de la legalidad, se abstuvo esta vez de exigir contribuciones no votadas por las Córtes. Ni una gota de sangre, ni una lágrima hizo derramar jamás aquel hombre grande que no conoció las malas pasiones, cuya fortuna fué de todos, cuya generosidad no reconocia límites ni adversarios, cuyo amor al trono y á la libertad no han tenido superior, ni su modestia, ni su pureza que han confesado hasta sus enemigos. Incansable en el trabajo, todo lo perdió á ciencia cierta por la felicidad de sus conciudadanos, y antes que gravar á su pais percibiendo su cesantía, prefirió hasta su última hora aceptar de sus amigos lo preciso para una pobre subsistencia.

Muerto en 6 de octubre de 1853, en su mismo entierro empezó para Mendizabal la mas gloriosa posteridad. Nunca ha manifestado Madrid y la España entera tan profundo sentimiento por la pérdida de un hijo suyo. La poblacion en masa acompañó su cadáver á la sacramental de San Nicolás, donde espera la bienaventuranza, y allí mismo, sobre sus calientes cenizas, se concibió y puso manos en el proyecto de erigirle una estátua en la plaza del Progreso, plaza que se cuenta entre las muchas mejoras que Madrid le debe. Dióse principio á la obra, encargando al señor Grajera la estátua que representa nuestra litografía, estátua que ha quedado verdaderamente magnífica, y digna de la alta idea que al personaje animaba. Representa á Mendizabal con su traje habitual, que ha llegado á hacerse histórico, y cubierto con la airosa capa española que no menos airosamente manejaba. Las razones por que no se ha colocado en la plaza del Progreso, son de todos conocidas.

VICENTE BARRANTES.

LA PEÑA DE LOS CUERVOS.

A espaldas de la antigua torre de Hércules de la Coruña y frente á las islas Sisargas, hay una hondonada espantosa formada por peñascos tan antiguos como el mundo, que cubren á veces de espuma y algas las turbulentas olas de la costa de Cantábria, y para llegar á lo alto de este sitio casi inaccesible es necesario dar algunos rodeos y aun á riesgo de precipitarse, por cuya razon se llama la Peña de los Cuervos. Sobre una de estas masas de granito que inclinan al mar su cúspide gigantesca, se divisa un panorama magnífico y salvage; las tres pequeñas islas que hemos nombrado, se agrupan á alguna distancia ostentando orgullosas un faro que hace algunos meses se acaba de construir, único edificio que se alza sobre aquella tierra agreste desde que el templo pagano de Júpiter, fabricado por los Fenicios, ha desaparecido tantos siglos hace de su faz. La entrada de la ría de Ferrol tambien se divisa desde allí flanqueada por grandes masas de rocas y elevadas montañas áridas y sombrías; y despues el Oceano que parece unirse con el cielo, presentando sus magníficas tintas y su estension donde se pierde la vista y el pensamiento.

Una hermosa y apacible tarde del mes de agosto de 1836 me hallaba sentado sobre una peña de las que forman el derrumbadero, mirando tristemente el vapor *Ebro* que en aquel momento hendia las olas por delante de mí: á su bordo iba un amigo de mi niñez; mejor dicho, un hermano, del que acababa de separarme, quizá para siempre, momentos antes. ¡Triste! muy triste es la impresion que causa en nuestro pecho el cruel instante en que se da el adios á una persona querida, y se ven correr las lágrimas por su rostro sin tener suficiente voluntad de espíritu ni hallar un consuelo para enjugarlas. Y mas triste todavía, si como mi amigo se abandona el pais nativo bajo la influencia de dolorosos recuerdos, y recientes pesares. Aun me parecia estarlo viendo como desde lo alto de la popa del vapor, me tendia los brazos y agitaba su pañuelo, y en mi imaginacion me figuraba el dolor que debia sentir cuando la embarcacion cruzase por delante del cementerio, al que tantas veces habia ido á regar con lágrimas las sepulturas de una madre y de una hermana.

¡Mi amigo era desgraciado! y como tal, de una sensibilidad tan esquisita, que antes de embarcarse quiso visitar la casa en que habia nacido, y contemplar con dolorosa resignacion, la estancia en que su adorada madre habia mecido su cuna: aquella estancia testigo de los juegos de su primera edad. Cuando salimos de aquella veneranda casa, ambos teníamos el corazon cubierto de ternura y melancolía; quisiera entonces ser libre, para acompañarle en su viaje y poderle manifestar siempre el tierno cariño que me inspiraba el dolor mudo de aquellas miradas que dirigia á las paredes de su casa como buscando en ellas una señal, ó un recuerdo de sus primeros años. Cosas son estas, que mejor las comprende el pensamiento que las describe la pluma.

En todo esto pensaba cuando el *Ebro* iba desapareciendo en el horizonte, no descubriéndose de él mas que un punto casi imperceptible y una línea de humo que estendia el viento. Entonces dirigí la vista en derredor mio, y mis ojos se detuvieron por último en la peña sobre que estaba y en la que ví grabadas con una sustancia encarnada estas palabras:

¡Ay de mí!...

Y luego mas abajo, una fecha bordada: ininteligible.

El sentimiento que en mí se despertó al leer tan melancólica esclamacion, no me es posible esplicarlo, y á cualquiera que se encontrase tan poseido como yo lo estaba por la tristeza, le sucederia lo mismo. Aquel gemido, era para mi entender un grito de desesperacion lanzado al espacio desde la altura de la peña: quizá un suicidio ignorado, ó un horrible crímen encubierto con el misterioso velo de los años.

¡Aún me acuerdo del momento en que hacia estas reflexiones! El sol se habia ocultado y sus últimos rayos teñian el despejado horizonte de una línea de fuego, que reflejando en las aguas presentaba los hermosos colores del iris; la mar gemia sorda y melancólicamente, y sus olas venian á estrellarse bajo mis plantas para retirarse luego cubiertas de espuma: y á corta distancia de la orilla, un pequeño barquito se balanceaba dulcemente sosteniendo dentro á un pescador que recojia sus redes, entonando al mismo tiempo una cancion estraña y melancólica. Entonces volví maquinalmente á fijar mis ojos en la inscripcion.

Pero ¿quién habria dejado en ella aquel incomprensible lamento?... ¡Imposible me es decirlo! Si tuviese la creadora y romántica imaginacion de Victor Hugo, en aquel *¡ay de mí!* hallaria bastante campo para escribir una novela parecida á la que le inspiró al célebre escritor la palabra *fatalidad*, grabada en una de las torres de Nuestra Señora de París; mas careciendo de esta imaginacion, el débil recuerdo que consagro en estas líneas á la *Peña de los Cuervos*, quisiera inspirase á alguno otro que encerrase mas interés que el mio.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

LA POLICÍA Y LOS CRÍMENES EN LÓNDRES.

(*Conclusion.*)

A esta policía de sir Roberto Peel, sir James Graham añadió otra secreta, formada con elementos nuevos. La policía secreta de Lóndres, se compone en la actualidad de: 3 inspectores, 9 sargentos, 6 hombres por division ó sean 108 agentes, separados á su disposicion. En Lóndres como en cualquiera otra parte, el mas grande refuerzo de la policía secreta, está en los malhechores que hacen revelaciones, pero tambien mejor que en todas partes se sirven de estos instrumentos con la mayor reserva.

Ahora, en frente de este ejército de la ley, es preciso ver el que vive al borde de la ley. Nosotros no consideramos este último sino en sus relaciones demasiado insuficientes con el otro.

El verdadero campo de batalla de las dos fuerzas, está en la Cité de Lóndres, centro de los negocios y del dinero, barrió de las cajas y de los almacenes que á menudo dejan los propietarios durante la noche por las dulzuras de la otra parte de la ciudad. A la puerta de los banqueros, se estacionan siempre agentes disfrazados de paisano. Las puertas de los almacenes inhabitados están señaladas por los empleados de la policía como se sellan los inventarios futuros. Los dependientes de banco y los mozos de caja, llevan sus carteras encadenadas, como en la edad media los libros de exorcismo en las bibliotecas de los conventos. Cada *carruaje*, cada carreton tiene por centinela un *Bull-dog*, auxiliar inteligente, pero brutal del hombre de vigilancia legal. La policía de la ciudad, aunque sometida á otra jurisdiccion, responde al llamamiento de la de la Cité.

Para el resto de la ciudad, cada clase de malhechores tiene por correspondiente una clase de agentes: las dos especialidades para las aprehensiones. Pero la policía de Lóndres ha tomado por mision prevenir, cuanto es posible, mas bien que castigar. Esto es laudable y meritorio con una organizacion del robo casi tan sabia como la de su seguridad: niños que penetrando con maña en los gentíos cortan los bolsillos ó desprenden los relojes; mugeres que recorren los espectáculos, los bailes, los ómnibus; mendigos mas ó menos ciegos que pululan por las calles, y reuniendo casi todos, dos profesiones; en fin, los mas de temer, sino en la ciudad misma con frecuencia en los alrededores, son los presidiarios cumplidos, los *convicts* de vuelta, los vigilados como infractores de edictos, que se dedican á la especialidad de los escalamientos, fracturas, asesinatos; y que para no ser reconocidos se ocultan el rostro bajo una gasa ó bajo una careta. En desquite, ciertos industriales y ciertas correntonas de almacenes están suficientemente señaladas y observadas para que á menudo les dejen coger lo que pueden, resérvandose sorprenderlas al dia siguiente por el envio de la factura no pagada.

Sería difícil probar la gerarquía de los *caballeros de la noche*, de los cuales hablan ciertas novelas que encalenturientan al lector; pero como se ha observado, es constante que ni siquiera un ladron grande ó pequeño es preso en Lóndres, sin que un amigo venga á traerle su comida y su té á la prision. ¡E menester ayudarse entre sí! ¿A dónde vas á anidarte bello precepto?

Lo mismo que cada industria del robo tiene su correctivo en una clase de policía correspondiente, lo mismo cada tribunal de policía tiene su público habitual de sometidos á la jurisdiccion y el conocimiento fatal de ciertos hechos particulares. El de Westminter tiene por clientela, los guardias á pie; pero en honor de los *horse-guards* (guardias á caballo) los 100 guardias de la comarca, hace años que no se ha visto pasar ni uno ante el gefe de seccion adonde son traidos los acusados, ya para ser juzgados allí sumariamente, ya para ser enviados ante los tribunales. El trabajo estadístico hecho por la *Quartely Review*, inserta el nombre de los tribunales que citan á los maridos que golpean á sus mugeres, ó en una palabra, toda otra órden cualquiera de contraventores al buen órden y á las buenas costumbres.

En determinadas estaciones ciertos crímenes se presentan mas: los suicidios, las querellas, los libertinages, durante la canícula; los robos con fractura, la moneda falsa, en el invierno.

¿Y cuándo vendrá la primavera perpetua? La esperan desde las *Eglogas* de Virgilio Maro.

FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

REVISTA DE MADRID.

El invierno como un huésped importuno, abusa de la hospitalidad que se le ha prodigado, y apenas si nos abandona algunos momentos; pero como todo pasa en el mundo, los hermosos dias, ó mejor dicho, las hermosas y deliciosas noches han pasado, y el tiempo, ese sublime egoista que ha visto tantas cosas, ha venido á sumar nuestra dicha y á valuar lo que nos ha podido costar.

Para algunos de sus hijos mas dichosos, el inventario será muy triste, pues hay ciertos goces que no se pagan mas que con una severa economía, como hay tocados que no son sino el manto que cubre muchas miserias.

Las memorias del invierno de 1858, pueden reasumirse en algunas ideas que vivirán en la memoria de ciertos maridos.

Pero en esto, sucede como en la historia de las grandes campañas, cuando se alcanza la victoria, no se cuentan los heridos, y se entierran en silencio los muertos.

Nuestra primavera justifica su reputacion de caprichosa y nunca se ha obstinado tanto en parecerse á una muger; las pobres lilas que en los jardines lucian sus puros y castos colores, yacen mustias y abatidas, inclinadas sobre sus delgados tallos quemados por la escarcha, y apenas si exhalan sus dulces aromas, pero en despique de las borrascas de su mal humor, no se ha cambiado nada en su programa, y los paseos han reconquistado su influencia, aunque los *fashionables* y la gente *comm' il faut* solo se reunen en la Fuente Castellana.

Los salones tambien han participado de la influencia atmosférica, y como debia suceder, se han abierto de nuevo, y los lanceros vuelven por su honor ultrajado.

© Biblioteca Nacional de España

El sábado primero de mayo, obsequió á sus numerosos amigos con una brillante reunion, la señora de la Quintana, que aunque de mucha confianza, todos sus detalles estuvieron á la altura de la elegante protagonista.

La reunion empezó con un concierto en que tomaron parte las lindas señoritas de la casa, con las simpáticas y amables de Bengoechea, la conocida pianista doña Concepcion Imbert, y los señores Monasterio, Incenga, Esperanza, Arriola y el marqués de Gauna (Puig).

Despues del delicioso *buffet*, tuvo lugar el baile.

La última *soirée* de la condesa de Velle ofreció el nuevo atractivo de dejarse oir en ella la señorita de Lanuza.

Con una notable afinacion, cantó el aria de la *Traviata*; en la cual lució sobremanera su voz *pastosa* y flexible y sus incomparables trinos.

Pero en donde estuvo verdaderamente admirable, fué en el bolero de las *Vísperas Sicilianas*, cuya ejecucion mereció los mas nutridos aplausos por su gracia y valentía sorprendentes.

Despues bailóse con un entusiasmo digno de mejor causa.

No es esto todo.

Donde los *polkistas* mas intrépidos y los pollos mas infatigables lucieron sus fuerzas, fué en el baile de la amable y elegante mistress Stopford.

Nada mas natural, están en la agonía de su *luna de miel* como dicen los ingleses.

Segun los noticieros del mundo elegante, se encuentran ya en Aranjuez entre las frondosas márgenes del Tajo, la duquesa de Bailen con sus hijas; la condesa de Oñate; la marquesa de Miraflores; la de Alcañices; la de Navarrés; la vizcondesa de la Armería; la marquesa de Campo-Verde; la condesa de Ripalda; las señoras de Paz y Membiela; las de Tapia y Bayo; las señoritas de Malpica; las de Canterac, etc. etc.

Como dulce amigo de la encantadora primavera, el dios *Himeneo* tambien está haciendo de las suyas.

Entre sus nuevos adeptos se contarán muy pronto el de una hija del señor don Justo Hernandez, empresario de la plaza de Toros, con un caballero muy conocido.

La dote de la novia al decir de los escogidos será muy considerable.

La estacion no puede ser mas propicia para los amores.

Mas ¡ay! las cosas han cambiado de aspecto, y quizás la semana próxima los bailes habrán bajado en la columna barométrica oprimidos por el peso de las circunstancias del calor al frio, es decir, de la confusion á la soledad.

Adios, brillantes saraos.

Sit transit gloria mundi.

Sin embargo, las madrileñas no se han dado por vencidas.

En esta época en que las ciencias nos presentan sus mas espléndidas maravillas, en que se ha disciplinado al vapor para tenerle á raya en sus demasías, en que se ha suprimido la distancia, escalado las montañas, y empleado los rayos del sol en pintar el retrato de cada hijo de vecino, en vez de buscar el descanso el sétimo dia, como nos aconseja mas de un libro de higiene, el mundo elegante se prepara para inaugurar nuevas fiestas que han de apagar con su brillo las de las Mil y una noches.

Mas ¡ay! entre los dichosos no dejarán de encontrarse algunos mártires.

Y á propósito de mártires, hé aquí la historia de uno que no ha dejado de levantar cierto murmullo entre el mundo privilegiado.

Se trata de un casamiento entre una rica heredera de una ilustre casa con un venerable octogenario, el cual al final de su larga carrera política va á prestar un nuevo juramento de fidelidad.

A las reconvenciones que se le han prodigado caritativamente por haber violado los que prestó en otro tiempo á los gobiernos constituidos, responde con muy buenas razones, y entre ellas la mas peregrina es la que á su edad no puede violarse nada.

Las mas veces lo verdadero es inverosímil.

Como el mes es borrascoso, la Academia de San Fernando tambien ha corrido su tormenta en los ejercicios de oposicion para una plaza de profesor de dibujo de figura, y entre cuyos opositores se hallaban los señores Murillo, Van-Halen y Vives.

Al fin, como muger inconstante y coqueta. ¿Pero quién no coquetea?

Esto tiene sus inconvenientes, y son: que cuando las viejas se emperegilan y remozan dejan ver lo que solo se debe adivinar.

Achaques de las jóvenes.

Como S. M. la reina habia decidido que, con motivo del cumpleaños de su augusto esposo, hubiese besamanos general en la residencia real de Aranjuez, reinó entre los elegidos una gran animacion en las grandes y brillantes fiestas de recepcion.

Segun entre los que se dicen mejor informados, así que el Príncipe de Asturias se encuentre completamente restablecido, emprenderá la corte su viage á Alicante.

Por ahora está fijado el dia para la marcha el 24 del presente.

El viaje está resuelto que sea por mar desde Alicante á Valencia.

A SS. MM. acompañarán el presidente del Consejo de ministros y el de Marina. Desde Valencia regresarán á fines de mayo ó principio de junio.

Damos nuestra mas cordial enhorabuena á las bellas hijas del Turia.

Y puesto que estamos con las *gracias* entre las manos, hablemos de las que han alcanzado al señor Salamanca.

La ciudad de Toledo, la antigua é imperial metrópoli goda, tenia ofrecidos 70,000 duros al que condujese la primera locomotora á sus puertas.

El dia 2 llegó por primera vez á ellas una que conducía á dicho señor, y el alcalde puso en sus manos, en nombre de la ciudad, los 70,000 duros ofrecidos.

¡Por Dios vivo que estos viajes merecen la pena de llevarse á cabo!

Las demoliciones continúan agitando las *masas* de la poblacion, y Madrid trata como una muger de embellecerse.

La Puerta del Sol ensanchada, concluirá por serlo definitivamente.

Esta gran artéria de la capital de la monarquía, estará bien pronto flanqueada por una doble fila de casas de una arquitectura muy *apacible*, y para esto se la talla un manto digno de la categoría á que va á pertenecer.

¡Gracias á Dios! esclaman los entusiastas de lo pintoresco, ¡Gracias á Dios! pero estos embellecedores de nuevo cuño, echan en olvido que hemos alcanzado unos tiempos en que los edificios se construyen probablemente vulgares, pero que se alquilan muy pronto.

Envueltos con estos nobles restos, tropezamos con la palabra *casero*.

¿Por qué sus inmuebles no se declaran por una ley en alza, como los miriñaques? Esto, al menos, no dejaría de producir buenos resultados, se entiende para ellos.

—¡Cómo! responden; ¡aumentar el precio de los alquileres por avaricia! ¡Aprovecharse de las demoliciones para imponer la ley! ¿En qué tiempos estamos? Eso es desconocer el corazon de un propietario, de lo que se trata es de restablecer los antiguos precios.

El argumento no deja de presentar novedad, y le pronosticamos un brillante porvenir.

Con menos *peso* muchas ideas han dado la vuelta al mundo.

Las carreras de caballos verificadas en el hipódromo de la real Casa de Campo no han estado tan concurridas como era de esperar.

La ausencia de SS. MM. y el mal tiempo, ha favorecido bien poco el primer *steeple-chase*.

En cambio se corrió mucho y se cruzaron grandes apuestas, y las calesas, ómnibus, carretelas, dogcars, tilburys, *for in hand*, *tandems* y un gran número de caballos no dejaron de pasear las calles de la Casa de Campo.

A la vuelta del *turf*, volcó el tandem de los duques de Abrantes, los que felizmente no recibieron lesion alguna.

Desbocados los caballos que iban uncidos en flecha, arrastraron el carruage un largo trecho, saliendo del choque bastante estropeado como tambien uno de los caballos del tronco.

Los jóvenes *groons*, cuyas libreas de raso blanco con cabos verdes llamaron mucho la atencion, tampoco recibieron ninguna lesion grave.

Otra de las libreas que hicieron mas furor, fueron las de los duques de Medinaceli, que eran de terciopelo tambien verde.

Entre los viageros mas ilustres que han regresado á Madrid la semana pasada, se cuentan los príncipes de Gallitzin, el vizconde de Kerchove, ministro plenipotenciario del sultan, en compañía de su esposa y familia, y el señor conde de Galen, ministro plenipotenciario de Prusia, con su señora; los que acompañados del introductor de embajadores, fueron recibidos el jueves á las seis de la tarde por SS. MM., mereciendo la mas benévola y graciosa acogida.

Madrid 16 de mayo de 1858.

VICENTE CUENCA DE LUCHERINI.

TOROS.

SESTA MEDIA CORRIDA

DE LA PRIMERA TEMPORADA.

Madrid 10 *de mayo de* 1858.

INTRODUCCION.

Pensé, lectores, ha tiempo,
Escribir las biografías
De los célebres toreros
Que España en su seno abriga;
Mas renuncio, no por miedo
De los críticos del dia,
Que ignorando lo que dicen...
Alegres pasan su vida.
Si escribo en género ambiguo,
Por causa de esa polilla
Que me lanzan indirectas
Y desprecia el que esto firma,
Se jactan de que no sirvo
Para crítico en la villa.
Si escribo mal, me censuran;
Si bien, me tienen envidia;
Y si dejo de escribir,
Ninguno de mí se olvida.
Pero como no les temo,
Os describiré la lidia,
Haciéndolo como pueda
Sin obrar con injusticia,
Pues no tengo cataratas,
Ni la Virgen lo permita.
Así, pues, saco el estado,
Que haciendo la cortesía
Están los diestros taurinos
Para empezar la corrida.

Desarmando, de pies y de trapío,
A la arena salió el vicho primero;
De don Justo, con astas muy bien puestas,
Y si recuerdo bien, de color negro.
Siete varas recibe, y en la lucha
Difunto me dejó solo un jamelgo;
Tres pares le plantaron de rehiletes:
De una baja Gillen, lo dá por muerto.

El segundo salió de buen trapío,
Voluntario, retinto y corni-abierto;
Trece varas recibe que le ponen.
Pinto, Joaquin Coito y tio Lorenzo.
Seis pares le colgaron de rehiletes,
Con gracia, entre Domingo y Regatero;
Y de cinco estocadas, Cayetano,
Logró por fin que se quedára muerto.

De buena estampa, pegajoso, duro,
Corni-gacho y retinto era el tercero;
Once puyas tomó, y á tres caballos
Dejó tendidos por el ancho suelo.
Cinco pares Muñiz y Baro clavan,
Y el Tato, con arrojo y con *salero*,
Lo despacha, tras una un poco corta,
De otra buena en los rubios recibiendo.

De Martinez fué el cuarto, receloso,
Muy blando, corni-corto y tambien negro;
Cinco varas sufrió el animalito,
Y ocho palos plantáronle los diestros.
Cúchares lo mató, con varios pases,
Mezclando, con limpieza, dos de pecho,
De un magno volapié de su cosecha,
Contándole otro mas, que dióle en hueso.

Cari-sucio, nevado y corni-corto,
El quinto nos dejó un caballo muerto;
Y tres pares colgáronle muy altos
Pablito y Angel Lopez Regatero.
Cayetano le endosa su pinchazo,
Y una baja además, y no contento
Despues de dos que le asestó en seguida,
Lo acabó de una corta recibiendo.

De cabeza, de pies y corni-alto,
De don Miguel Martinez, era el sesto;
Retinto de color, de buen trapío,
Boyante y arrancando desde lejos.
Mató dos potros al tomar diez varas,
Y despues que ocho palos le pusieron,
De un volapié me lo dejó tendido,
El Tato audaz, con otra recibiendo.

RESUMEN.

En estremo brillante fué la entrada;
El servicio del circo, no muy malo;
El total de las varas, seis por nueve;
Y en la lucha murieron siete jacos.
Encomio en la corrida una y mil veces
A Charpa, al Cuco y al valiente Tato,
Y hasta el próximo lunes, Dios mediante,
Saluda y firma—INFANTE DE PALACIOS.—

© Biblioteca Nacional de España

VARIEDADES.

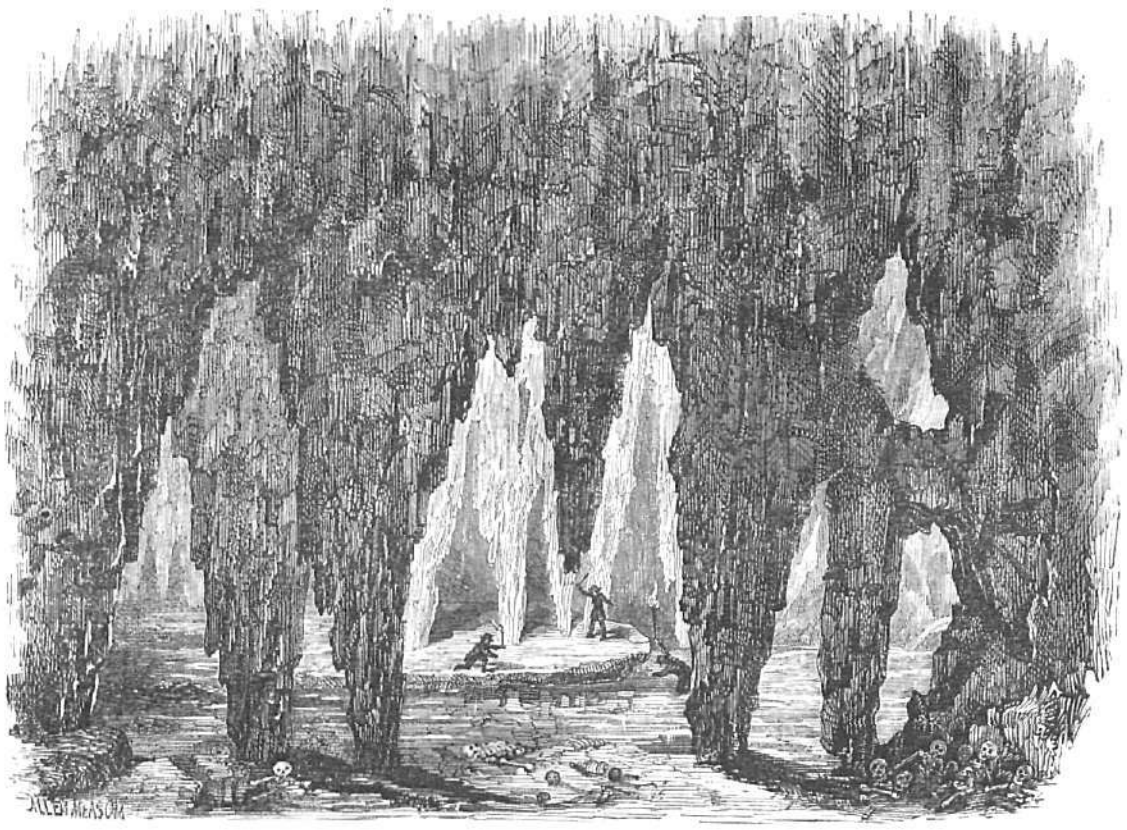
LOS POZOS DEL CEMENTERIO.

Creemos del mas alto interés el descubrimiento de Mr. Alhine.

Todo lo que tiene relacion con el El-dorado americano presenta una novedad tal para los geologistas, y para los que se ocupan de la historia de los pueblos que habitan el globo, que la descripcion de los *Pozos del Cementerio* es de una alta importancia.

El descubrimiento de una gran sala en los alrededores del Vallecito, en medio de las montañas que rodean á Columbia, en la confluencia del rio Stanislao, se le debe á un francés, á Mr. Alhine, el cual, aventurándose en estos lugares salvages en busca de minerales preciosos, visitó el primero estos sitios aun inesplorados.

Dos de sus compañeros, dice Mr. Bird, de quien tomamos estos ligeros apuntes, habian bajado con él al fondo de una profunda garganta, encajonada entre picos agudos que oscurecian la profundidad de este valle.



Los Pozos del Cementerio.

Con la punta de sus instrumentos, sondearon el terreno y rompieron algunas rocas de cuarzo para buscar venas de oro, cuando de repente Mr. Alhine apartó una enorme piedra, y se presentó un agujero sin fondo á sus atónitas miradas.

Espantado por la profundidad de este precipicio, dudó proseguir en sus investigaciones; pero, animado por sus dos compañeros, se hizo atar sólidamente á una cuerda, y descendió perpendicularmente como unos 10 metros en este golfo.

Allí sus pies tocaron el suelo.

Diéronle una antorcha, y con la ayuda de esta luz, se dirigió oblicuamente á su derecha, deslizándose apoyado en las manos, y agarrándose á los intersticios de las rocas que formaban un estrecho pasaje tallado en las paredes de la montaña, y que serpenteaban á lo largo del precipicio bastante profundo.

Por encima de su cabeza estaban suspendidas en el mas estraño desórden, grandes masas de rocas, como si un cataclismo las hubiese sacudido.

Despues de haber seguido este peligroso sendero en un trayecto de cuarenta pies, Mr. Alhine llegó hasta una hendidura estrecha y casi perpendicular que formaba una gran curva.

Desde el estremo de este semicírculo, dió un salto por encima de la profunda cima, y cayó sobre una roca que parecia cerrar la entrada de la cueva.

A la estremidad de este pasaje, se encontró en una inmensa caverna tapizada de estalactitas y estalacmitas que formaban un óvalo regular, y cuya bóveda tenia 40 pies de elevacion.

Entonces, Mr. Alhine previno á sus dos camaradas, y estos, tomando las mismas precauciones que él, bajaron.

Un silencio profundo reinaba á su rededor.

Solo de cuando en cuando un mochuelo que revoloteaba en torno de la antorcha, ó el ruido sordo del viento engolfándose entre las rocas turbaba este.

Un sudor frio se apoderó de todos sus miembros.

Cuando pasó esta primera emocion, encendieron otras dos antorchas, cuya luz, reflejándose sobre las paredes de esta caverna, ofreció un imponente espectáculo á los ojos de los tres mineros.

Una vasta cúpula de la que pendian estalactitas de todas clases y figuras, bajaban hasta el suelo.

Las gotas de agua, endurecidas por el tiempo, habian formado caprichosamente frutos, flores, arabescos y festones multiplicados.

Un poco hácia la izquierda á medio metro de la tierra, habia aislada una roca, semejante á una mesa oblonga, y cuya superficie parecia esculpida por un hábil artífice.

Cuando Mr. Albine subió á esta gigantesca mesa, una enorme serpiente, quizás el genio de este sitio, turbado en su santuario, se levantó silbando de repente, pero cuando sus amigos quisieron apoderarse de este reptil, habia desaparecido.

Con las mayores precauciones esploraron toda la caverna, y cuál no fué su sorpresa, cuando nuestros tres mineros descubrieron hácia la derecha (véase nuestro grabado), al pie de grandes estalagmitas, una porcion de huesos humanos, cráneos, esqueletos, mezclados en una gran confusion con restos de animales carniceros.

Los cráneos solos estaban petrificados, los demás huesos no ofrecian ninguna cristalizacion.

Desgraciadamente estas cabezas estaban empotradas en la piedra de una manera tan sólida, que cuando se trató de arrancarla se rompian todas.

Sin embargo, Mr. Alhine ayudado de sus dos compañeros, llegó á conseguir unos cincuenta de estos cráneos petrificados en diversos grados, desde la piedra calcárea hasta el granito mas duro.

Examinados estos restos en San Francisco, parece que pertenecen á una raza estinguida que no tiene ninguna analogía con la de los indios cuyos restos han sido descubiertos en varias ocasiones en las sepulturas de la América del Norte.

Créese por algunos sabios, que á causa de las capas que las recubren, datan de antes del diluvio.

Antes de abandonar la gruta, á la que dieron el nombre de *Pozos del Cementerio*, recogieron en unos sacos pedazos de roca y de tierra amontonada allí desde muchos siglos; uno de estos sacos contenia *humus*, recogido en su superficie, otro tierra estraida á muchos pies de profundidad, y por último, un tercero, de la que se encontraba en las hendiduras é intersticios de las rocas.

Cargados de este botin geológico, nuestros tres aventureros volvieron á tomar el camino que habian seguido para entrar en *Los Pozos del Cementerio*, y tuvieron la dicha de salir sanos y salvos.—C.

Alejandro de Médicis, duque de Florencia, era un príncipe muy festivo.

Uno de sus parientes, cuya conducta era bastante irregular y que no pagaba á nadie, fué al fin citado judicialmente por uno de sus acreedores. Se quejó al duque de ello como de una falta de respeto hácia su casa:

—«¿Cómo, dijo el duque, ese hombre ha tenido la insolencia de citaros? Corred pronto á pagarle porque podria prenderos y entonces es cuando la casa de Médicis recibiria una cruel afrenta.»

Dos damas de honor se disputaban el lugar preferente en la corte del emperador Cárlos V.

Apelaron al emperador quien, como otro Salomon, decidió que la de mas edad tuviera la preeminencia sobre la mas jóven.

La querella cesó incontinenti y no se renovó jamás.

Fontanelle, despues de su recepcion en la Academia, decia:

—No hay ya mas que treinta y nueve personas en el mundo que tengan mas talento que yo.

Mme. la duquesa del Maine, preguntó un dia á algunas personas de mucho ingenio que se presentaban en su casa.

—¿Qué diferencia hay entre mí y una péndola?

Encontrábanse embarazados para responder, cuando entró Fontanelle. La misma pregunta le fué hecha por la duquesa y contestó al punto:

—La péndola marca las horas, y Vuestra Alteza las hace olvidar.

UN CAPRICHO DE ALEJANDRO DUMAS.

Entre las diferentes y curiosas anecdotillas que se refieren de este célebre escritor francés, trascribimos á continuacion una de las mas recientes é ingeniosa, que no hace mucho leimos inserta en las columnas del nuevo periódico que con el título de *Montecristo*, se publicaba en París, redactado por el mismo Dumas.

Haciendo referencia de algunas vicisitudes de su vida, añade que el *Theatre Historique*, del que tan tristes resultados obtuvo, habia sido inaugurado bajo la proteccion, y con asistencia de su alteza el duque de Montpensier. Despues de la revolucion de 1848, el príncipe, como es fácil inferir, desistió de renovar el abono de su palco; y Alejandro Dumas, movido por un sentimiento de gratitud, escribió al empresario del teatro diciéndole, que deseaba que no dispusiese del palco del duque; ofreciéndose á pagar por él su valor. Quedó el palco, en efecto, por cuenta suya, y todas las veces que tenia lugar una nueva representacion, Alejandro Dumas remitia al príncipe desterrado, que residia en Sevilla, el billete del consabido palco.

Pasado algun tiempo, fué á París Mr. Latour, secretario del duque, y avistándose con Dumas manifestó lo muy obligado que le estaba el príncipe por su fineza.

—¿Y qué dice su alteza? ¿Qué dice cuando recibe los billetes que le envío? preguntó Dumas al secretario.

—¿Qué quereis que diga? respondió este. Se rie, y concluye por celebrar vuestra ocurrencia, esclamando: «¡Cuán amable es Dumas!»

—¡Ah... Si!... ¿Con que rie, eh?

—Seguramente.

—Es lo mejor que puede hacer, y eso mismo confirma que tiene un corazon á toda prueba; pero yo en su lugar lloraría...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, acercóse Dumas al pupitre y escribió al empresario del teatro el siguiente billete.

«Querido Sr. Hostein:»

«Desde mañana, podeis disponer del palco del duque de Montpensier como mejor se os antoje; pues hallo que es muy caro pagar un palco todo el año para hacer reir á un príncipe.»

Vuestro afectísimo,

A. Dumas.

Francisco Lozano y Frau.

Por todo lo no firmado: el secretario de la redaccion,

Santiago Infante de Palacios.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Margarita.

GEROGLÍFICO.

a *B* C D E f G H

LA SOLUCION, EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martinez,
calle del Desengaño, núm. 10.

© Biblioteca Nacional de España